

Poesías

Por

Mariano José de Larra

***Free*editorial** 

SONETO

A un mal artista que se atrevió a hacer el busto de doña Mariquita Zavala de Ortiz después de su fallecimiento

Tente, mentido Fidias que, profano,
dando al mármol inerte alma fingida
tornar imaginabas a la vida
a Cintia bella con esfuerzo vano.
La grosera facción tu inhábil mano
deja en la piedra a trechos esparcida,
que con torpe cincel hiere atrevida,
remedo informe del cincel de Cano.
No, si Apolo contigo fue severo,
te vengues crudo en la indefensa hermosa
del arte, con que lucha tu flaqueza.
Si la muerte, de hollarla temerosa,
sus rosas respetó, no tú más fiero
borrar pretendas su inmortal belleza.

EPIGRAMA

Al esposo de doña Mariquita Zavala, habiendo mandado hacer un busto de esta señora, después de su muerte, a un artista que le hizo torpemente

No más llorar, Miguel; que la esperanza
torna el busto del dueño malgrado.
Si bien la semejanza,
por no afligirte el alma conmovida,
del artista el cincel disimulado
dentro en la piedra la dejó escondida.

EPIGRAMA

Repentino a un clavel improvisado

Esta, que ves, florecilla,
esparcida en el papel,
por más que a tus ojos pese,
vive Dios que es un clavel.

ANACREÓNTICA

Toma esa sucia plata,
toma, platero, ese oro,
y en el ferrado yunque
suena el martillo tosco.

Cansa el metal
sonante, y al golpe ponderoso
la denegrada fragua
retumbe en ecos broncos.

No con pesada mano
de un casco fragoroso
ni de bruñida cota
dibujes los contornos
donde Mavorte fiero
con el semblante torvo
anime a la refriega
sanguinario loco.

Hazme, platero, un vaso
cóncavo, igual, redondo,

donde beber yo pueda
del jugo más sabroso;
del que nos dan las uvas
en el templado otoño,
y sobre todo hazlo
cuanto pudieres hondo.

Con el buril esculpe
en su luciente dorso
no de feroz guerrero
el atezado rostro.

Ni el brazo peregrino
del extranjero corso,
en Austerlitz y en Lodi
y en Jena victorioso.

Ni el rayo que obediente,
presagiador de lloro,
llena a su voz terrible
de espanto el orbe todo.

Ni el bronce ya homicida
que con fragor sonoro
muerte despide y luto
entre el ardido plomo.

Ni el mentecato grave
que en el papel añoso
mentidos bienes busca
bajo su antiguo polvo.

Graba mi rostro alegre
vertiendo risa y gozo
al delicado aspecto
del jerezano mosto.

Y a Baco el rubio grano
pisando allí afanoso,
sacando del racimo
el zumo blanco y rojo.
Y amor también que juegue
con pámpanos hojosos
y entre la cepa umbría
se esconda con su dolo.
Y allí Célida hermosa
vertiendo vino en torno,
y alma prestando y fuego,
y vida al cuadro todo.
Burlando ya mis penas,
secando ya mi lloro,
o ardiendo en puras llamas
a los robustos mozos.
Y así de honores tantos
si le fabricas pronto,
te llenen los mortales
de tu vivir celosos;
como abundantes tragos
con el tazón lustroso
del tinto Valdepeñas
he de vaciar beodo.

ANACREÓNTICA

Quiero cantar las lides
en cítara entonada

sonando el eco horrendo
de fúnebres batallas.
Mas rebelde mi lira
cuando mi mano airada
la pulsa, a Fili bella,
sólo a mi Fili canta.

En balde, en balde quiero
las épocas pasadas
renovar en mi lira
y antiguas las hazañas.
Amor las cuerdas todas
sacude con sus alas
y obstinado celebra
la bella que le encanta.

En balde yo las cuerdas
ardiendo en ira y rabia
una y otra y mil veces
despechado mudara.
Sólo a la linda Fili
cuando yo la pulsaba,
sólo sus quince hermosos
amor con ella alaba.

Suena, pues, lira mía,
tus voces acordadas
hoy el natal de Fili
den a los ecos blandas.
Y al vibrarlas Favonio
vuele y con dulce calma
en su cabello de oro
deposite sus auras.

Vuele el amor a Fili
y entréguele su aljaba
y bullicioso juegue
en sus pomas de nácar.
Del tardo Manzanares
las ninfas y zagalas
cojan vistosas flores
y hagan de ellas guirnaldas.
Suenen, lira, tus cuerdas
en la fresca mañana
la rosa del capullo
arrojando sus gracias.
Volad, versos, a Fili,
y en premio suplicadla
que torne sus ojuelos
a mirarme apiadada,
y en tantos besos deje
que en su labio de grana
mi labio robe el fuego
que en su coral se guarda;
cual ve corderos blancos
pacer en la comarca,
y como tiene el prado
fragantes flores gayas;
como hebras blondas rizas
sobre su frente vagan
y deja el mar menudas
arenas en la playa;
como suspiros tiernos
por ella el pecho lanza,

como zagales bellos
se abrasan en su llama.

EPIGRAMA

Siempre ha gemido la prensa;
pero hoy que le das, Talidio,
a imprimir tus obras todas,
gime al menos con motivo.

ODA

¿Por qué, mariposilla,
volando de hoja en hoja,
haciendo vas alarde
ya de inconstante y loca?
¿Por qué, me di, no imitas
la abeja que industriosa
el jugo de las flores
constante en una goza?
Advierte que no vaga
del alelí a la rosa,
que una entre miles busca
y una fragante sola.
Y cuando ya la elige
hasta exprimirla toda,
jamás voluble pasa
sin disfrutarla a otra.
¿No ves también que el pecho

de ella liciones toma?
que así jamás libada
deje de amor la copa.
Si en tus cambiantes raros
el sol que te colora
deslumbra nuestros ojos
con tintas mil vistosas;
¿Por qué,avecilla leve,
rehúsas voladora
sola, una flor y un cáliz
cubrir de orgullo y gloria?
Para el batir tus alas,
para en las blancas pomas,
y en el turgente seno
de la que el pecho adora.
Allí una florecilla
dulce fragancia hermosa
al seno de mi Fili
con ambición le roba.
Vuela, mariposilla,
que si una vez tan sola
en sus matices quieta
de sus delicias gozas.
No ya más inconstante
has de querer traidora
volver a la floresta
a revolar entre otras.
Vuela,avecilla, vuela,
recoge sus aromas,
y tórnate a mí luego

y dame cuanto cojas.

LETRILLA

Allá cuando niño
creí placentero
ver a Anacreonte
en mis gratos sueños.

Traía en el hombro
su fiel mensajero,
la blanca paloma
de rizado cuello.
Y con su piquito
a veces un beso
le daba al anciano
y un arrullo tierno;
y él agradecido
el dulce alimento
entonces le daba
de sus labios mismos;
la copa de zumo
llenaba Liéo,
que con miel mezclaba
de panal bermejo.
Y al lado llevaba
el falaz artero
la lira más suave
que vates oyeron.
Su barba en perfumes

bañaba y su pelo;
brillaban sus ojos
cual si echaran fuego.

Llegose el beodo
a mi blando lecho,
ya cantando amores,
ya mosto bebiendo;
y con risa loca
el alegre viejo
mostrome la lira
con su propio dedo.

Quíseme a sus brazos
arrojar, mas presto
despertome el susto
y el súbito esfuerzo.

Y entonces ¡oh prodigio!
aunque fuera sueño.

Halleme la lira
que dejara el griego.

Cogila turbado.

Pulsé, y amor luego
que en la cuerda estaba
respondiome ledó.

De entonces mi lira
alegre conservo
y si bien no dulce
como en otro tiempo,
mis ocios divierte
sonando a lo menos
amores tan sólo,

tan sólo Liéo.

ODA

¿Dónde, abeja incansable,
dónde vas susurrando?

¿De alguna flor sabrosa
buscas la miel acaso?

No más, no más registres
el tomillo del prado;
no más el cáliz puro
vayas de flor buscando.

Sin aguardar que el tiempo
reverdezca los ramos,
la miel más dulce y rica
toma aquí todo el año.

Llega de Lisi hermosa,
llega a los suaves labios,
y en su calor te guarda
del aire y frío insano.

¿Qué rosa, qué flor bella
habrás nunca gozado
que dé tan suave aroma,
sabor tan delicado?

La miel coge que miras
contino destilando,
ven luego y en los míos
ponla de rato en rato.

Y vuelve nuevamente,

y exprime sus encantos,
y torna al labio mío,
abejilla, a dejarlo.

Y tantas veces firme
renueva tu trabajo
como en mis días besos
tengo en ellos sellados.

Que, yo, abeja preciosa,
también cuando libarlos

tierna Lisi me deja,
jamás, jamás me canso.
Cuida empero no herirla,
cuando la estés besando,
con el duro acicate
el terso cutis blanco.

Tiembla en mi crudo ejemplo,
que por herirla ufano,
el corazón en pena
¡ay triste! me ha costado.

Que el que una vez la hiere
luego pierde el descanso,
y abrasado en su fuego
muere al punto en sus brazos.

Si, empero, incauto alguno
te pretendiese osado
quitar la vez, escucha,
que lo pretenda en vano.

Súbito en él esconde
el tu aguijón airado
y aprenda en su castigo

cuanto fue temerario.
Y en vez de miel suave
sepa en tu hierro amargo
que a Tirsi bien tan grande
le está sólo guardado.

EPIGRAMA

A un mal poema titulado «Las miserias del hombre»

Las miserias del hombre
canta Talidio;
y yo al oírle, todas
ya las olvido.
Porque es entre ellas
el escuchar su canto
mayor miseria.

LETRILLA ANACREÓNTICA

Venga, Fili,
bullicioso
el sabroso
de Jerez.
Del buen mosto
de la uva
la honda cuba
vaciaré.
Si en la plácida
hermosura

mi ventura
toda está,
y en la cepa
deliciosa,
¿justo, hermosa,
no será

Que unas veces en mi vaso,
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea?

Si del vino
todo el año
no has engaño
en el beber;
en la copa
vacía, chico,
suave y rico
moscatel.

Si en el pecho
conmovido
late henchido
corazón,
¿por qué, Fili,
pues, te aíras,
y me miras
con rigor

Porque a veces en mi vaso,
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea?

Mientras haya
vino y bellas,
las querellas
depondré.

Es mi gozo
su sonrisa,
mi divisa
es el placer.

Ese brazo
blanco y bello
a mi cuello
le has de uncir.

Vayan lejos
las quimeras
y no quieras
impedir

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Ese trozo
de cervato
que ya ha rato
rojo está,
saca, Fili,
de entre el humo,
con el zumo
venga acá.

Echa en tanto
que algo quepa,

de la cepa
el buen licor.
Y esta, Fili,
entre placeres,
es, si quieres,
ocasión

De que a veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Mientras pasa
el crudo frío,
que vacío
nunca esté.

Lejos vayan
de tu pecho
el despecho
y el desdén,

Mientras Fabio
el bosque umbroso
va cuidadoso
a registrar,
yo gozando
con mil lazos
tus abrazos,
bien será

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Mientras huye
del montero
el artero
jabalí;
y la jauría
que acaudilla
la corcilla
ve morir;
En los restos
de una encina
la cecina
se ha de ahumar,
y empinando
el Valdepeñas,
pues me enseñas,
bien querrás

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Y el cabrito
venga, que asas
en las brasas
y el pernil,
y de mieles
rica torta
presto corta
y dame a mí.
Con el brazo,
más desnudo,

hazme un nudo
alrededor,
y la copa
tan vaciada,
llena, amada,
que es razón

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Gira, suerte,
aquesa rueda,
si me queda
que empinar:
que las penas
de contino
en el vino
se han de ahogar.

Ya se dobla,
Fili hermosa,
temblorosa
aquella luz.
Mosto, Fili,
vacía el resto,
toma presto
y bebe tú,

Ya que a veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

¿Quieres, necia,
los traguillos
repetillos
como yo?
Deja, Fili,
el loco intento
que aun me siento
con vigor,
Y otro fuerte
desafío
de más brío
has de acabar.
Cada brindis
que alce el brazo
un abrazo
tú me da;

Mientras tanto que en mi vaso
o en tus labios, Fili, beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Si quisieron
los amores
tus colores
encender;
si fue la uva
desgajada,
ya preñada
del placer;
Como el pece
el agua hendiendo,

que bebiendo
ha de morir;
ya beodo
tú me deja
cual la abeja
en el jazmín,

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Si al tocarte
brotas luego
vivo fuego
en el mirar;
cual la chispa
al golpe fiero
del acero
el pedernal:

Si contino
tus caricias
mil delicias
vierten ya
¿Por qué, Fili,
a mis placeres
no les quieres
agregar

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea?

Porque apenas
en el año
el rebaño
guardo yo,
y vaciando
aquí a la lumbre
una azumbre
del Chinchón;
De las nieves
a la llama,
o en la cama
cuido huir;
me aborrecen
dañadores
los pastores
del redil,

Y no quieren que en mi vaso,
o en tus labios, Fili, beba
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Ni me pueden
las hermosas
envidiosas
ya sufrir,
porque nunca
tan travieso
yo las beso
como a ti.

Mas ¿qué importa
si reímos

y vivimos
bien los dos?
Mientras tú
besar te dejas,
guarde ovejas
el pastor.

Y entre tanto que en mi vaso
o en tus labios dulce beba,
ya del rancio de Peralta,
ya sabrosa miel hiblea.

Si disfruto
de mil modos,
digan todos
mal de mí;
que yo vengo
mis agravios
en tus labios
de carmín.

Vaya entonces
por cada uno
que importuno
me haga mal,
otro beso,
y de la bota
del de Rota
un trago más,

Y haz que siempre ya en mi vaso,
ya en tus labios, Fili, beba
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Y la cama
has de mullirme
que dormirme
siento ya;
y ya miro
tu belleza
y la pieza
vueltas dar.

Cuando un tiempo
ya en la bota
no haya gota,
del Chinchón,
trataremos,
Fili hermosa,
si es que es cosa
justa o no

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Y echa presto
bien mullido
del ejido
ese vellón;
que mis venas
va inflamando
fuego blando
del amor.

Cuando pasen
treinta abriles

juveniles
por tu tez,
pensaremos
ya sin susto
si es que es justo
o no lo es

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

LETRILLA

Arroyito limpio
ruin y mal pensado
que entre guijas duras
pasas murmurando;
y esos tus cristales
corres a mezclarlos
con las arenillas
doradas del Tajo;
si llegas a Fili
cuando esté en mis brazos
cesa tu murmurio
maldiciente y bajo,
que la niña Fili
si acierta a escucharlo,
cuando sin testigo
los dos nos besamos,

presto, medrosilla,
temerá si acaso
vas de sus ternezas
hablador mofando,
y el pudor entonces
a mi tierno halago
con repulsa fiera
dejará burlado.

Y vosotras, ninfas
de los verdes prados,
que sabéis sin duda
lo que corre hablando;
y vosotras, flores
de colores gayos,
que en su margen pura
refrescáis el labio;
por la ninfa Fili
decidle algo al paso
y en el blando seno
florido acalladlo.

Y así, mi arroyuelo,
si entre los peñascos
de hoy más, comedido,
te deslizas manso,
nunca el noto fiero
te altere bramando,
ni ábrego en estío
te enjague el regazo.
Mas dulce Favonio
y el céfiro blando

que ricen tus alas
con soplo anhelado.

Y así zagalejas
labios purpurados
acerquen ansiosas
a tu dorso claro;
y a tus ondas fíen
tesoro guardado,
y la envidia seas
de mozos gallardos.

ODA

¿Qué importa, linda Fili,
qué importa que te digan
si mi cariño pagas
maliciosas amigas?

¿Qué vale porque el ciclo
les niegue tanta dicha
que de mi amor y el tuyo
ya murmuren, ya rían?

¿No ves que son en ellas
esas necias hablillas
tristes recursos, Fili,
de estériles envidias?

Si el fuego que me abrasa
le encendiste tú misma,
apágalo en tus brazos
y lo demás descuida.

Que no cuando te viera
cautivo el primer día,
para encenderme el alma
consejos les pedías.
Si para hacerme el daño
no curaste de amigas,
¿por qué para enmendarle
de todo el mundo cuidas?
Torna hacia mí piadosa
esas brillantes niñas,
y deja que mi premio
le busquen tus mejillas.
Deja que en ellas coja
dulcísima ambrosía
que sólo me entretiene
para tu amor la vida.
Y en tus ojuelos deja
bañados en sonrisa
que ebrio de amor y gozo
todo el placer exprima.
Y ardiente y juguetona
responde a mis caricias,
y deja, hermosa Fili,
a todos ya que digan.
¿No ves en los verjeles
las aves parlerillas?
¿no ves que en sus amores
de otras jamás se cuidan?
Nunca arrullada y tierna
la blanca palomita

triste se recatara
de la ajena malicia.
Cuando el osado amante
sus besos solicita,
las encrespadas alas
ella también le pica.
Y cuando al fin ardiente
dichoso se publica,
tal vez, Fili, es su gloria
mirarse ya vencida.
Y entonces en sus ojuelos
amor más dulce brilla
cuando el orgullo añade
los triunfos a las dichas.
Tú también, amor mío,
sensible las imita,
si tanto me idolatras
a gloria ten ser mía;
y mientras que en mi fuego
tus glorias se repitan,
goza, dichosa Fili,
y al mundo todo olvida.

ODA

Del aterido invierno
se acercan ya los fríos,
los árboles coposos
desnudos ya los miro.

Y en la agrupada nieve
blanquean revestidos
de copos desatados
donde el verdor ha sido.

En el lontano oscuro
brillan los altos picos
del recio Guadarrama
todos encanecidos.

Naturaleza triste
llora el tiempo perdido,
y en lluvias se deshace
y espera al blando estío.

Mas ¿a mí qué? si el orbe
se anega, mis amigos,
y los torrentes bajan
del monte desprendidos.

Si en mi cerrada choza
Fili se está conmigo,
y aun más que Fili a veces
cien odres de buen vino.

Y en tanto que sus galas
y el verde primitivo
recobra el campo alegre,
hoy mustio y aterido;

Y en la estación de amores
divierto yo el oído
en canciones ligeras
de sueltos pajarillos;
Y gozo en la floresta
oloroso tomillo,

y blancas azucenas
y balsámico mirto;
O miro a las zagalas
en juegos no aprendidos
cual leves mariposas
girar en torno mío;
Y en la festiva tarde
bailar con sus queridos,
sus miembros agitando
al son del caramillo;
O en la ribera grata
del onduloso río
las aguas sucederse
sobre su cauce antiguo;
O la naciente hierba,
apenas ya nacido,
segar, junto a la oveja,
el saltón cabritillo,
Los ecos fatigando
por desiguales riscos,
sencillos, discordantes,
sus trémulos balidos;
Y el lanudo carnero
y el toro embravecido
a su pareja ardiente
buscar de amor ardidos.
En tanto que esto gozo,
y el tiempo en raudo giro
torna a la tierra joven
de Primavera el brillo;

Para pasar las noches
del hivernoso frío,
las híadas pluviosas
para escuchar tranquilo,
Ni amores de una bella
me faltan, ni un amigo,
ni una enraciada bota,
ni menos falta un libro.

En vano proceloso
cruzando en el ejido
los vientos se combaten
sonando agudos silbos.

Al fuego conversamos,
juntos allí reímos
del que ignorante busca
los placeres mentidos.

Que para aquel se guarda
la dicha, que, entendido,
el tiempo como viene
recibe así tranquilo.

De rato en rato un vaso
en que rebosa un vino
más dulce que aquel néctar

del celebrado Olimpo,
Vaciado a la redonda
en turnos repetidos
mil veces se ve lleno
y otras tantas vacío.

El techo es un reparo
a la inclemencia y brío

del aquilón furioso
que brama de continuo.

En la dudosa llama
tenemos luz y abrigo,
y aunque en rústica choza
no del palacio envidio.

Del bosque separado
al más gigante pino
parece ya deshecho
quejarse en mil chasquidos.

No aquí del avariento
el oro enmohecido
penetra ponzoñoso
a mi feliz retiro.

Que del amor deseosos
tan sólo y el buen vino,
si todos son felices
son igualmente ricos.

Y aquel que alegre danza,
y duerme bien bebido,
y es rico aquel tan sólo
que quiere y es querido.

Ni menos de la corte
el macilento vicio
a las bellezas trujo
sus juegos más lascivos.

Y andar aquí bien puede
desnudo el ciego niño
si en la ciudad viciada
va de rubor vestido.

No sabe aquí la hermosa
como al fiel pastorcillo
se puede, infiel amante,
dar trato fementido.
Que a amor le guarda sólo
la zagala sus lirios,
y nunca los profana
sino el que es de ellos digno.
Ni fue jamás besada
sino es de su querido
la simple zagaleja
que una vez bien le quiso.
Y aquí en la choza alegre
placeres son sencillos
los que al trabajo siguen
del día fenecido.
Y a veces si Corilda
se viene con Mirtilo
de esbeltas aldeanas
y pastores seguidos;
En darles de aquel néctar
grande placer sentimos,
y en que la copa apuren
del jugo del racimo;
Y en ver que alborozados
riñen enardecidos
el premio de las danzas
que reparte Cupido.
Llueva, pues, y granice
y tiemble estremecido

el antes firme suelo
que sin cuidados piso;
Del cielo el trueno airado,
del aire los bramidos,
alteran esos pechos
que abrigan el delito.
Que no del daño ajeno
me reconviene el mío,
y en ruinas caiga el orbe,
si quiere, desunido;
Que en tanto de las bellas,
del saludable vino
felice disfrutando
y al lado de un amigo;
Me tengo por dichoso
cuando el vellón mullido
recibe en su blandura
mis miembros adormidos;
Y cuando ya a la aurora
del trabajo el aviso
me vuelve a dar del gallo
el canto matutino.

LA FLOR DE CINTIA

No, Cintia, des a Anardo
la linda florecilla
que tienes en tu seno,
mi amor, tan escondida.

No se la des; advierte
que a Anardo si la fías
al punto entre sus manos
verás tu flor perdida.
Que a todas igualmente
la pide, si son lindas,
y luego la deshoja
una tras otra hojita.
Dámela a mí, que el pecho
a nada más aspira
sino a libar su aroma,
dejándola enterita.
Y luego que a mis labios
la toque, bella Cintia,
verás como la vuelvo
intacta florecita.

AL TERREMOTO DE 1829

¿Dónde, Genio del mal, yace escondido
tu asolador poder que al orbe aterra?
¿Dónde procaz de mortandad henchido
sus fuerzas torna a devastar la tierra?
Genio que hasta la alzada Cinosura
la tu crinada crencha de serpientes
alzas ufano, y en el mar profundo
el cauce huellas con la planta impura;
que, como arista, el mundo
del uno al otro polo sacudiendo

le vas de luto y congojado lloro
y de pavor cubriendo,
¿dónde la osada mano,
¡oh! Gigante del mal! dínos, en dónde
contra el débil humano
con su influjo fatídico se esconde?
¿Quién al destrozo universal te incita?
¿Quién armó con el rayo fulminante
esa diestra fatal? ¿Será llegado
de derruirse el orbe ya el instante?

La ancha espalda se agita
de la tierra entreabierta, y un acento
en su seno retumba desgarrado,
que semejante le propaga el viento
al ronco estruendo que lanzó el nublado.

El huracán ruidoso
de la abrasada Sirte desprendido
cuanto raudo recorre va talando,
de las ardientes alas
miedo y horror vertiendo proceloso
y en derredor la muerte propagando.
La hora llegó fatal. Del hondo seno
de la tierra indignada
protervo el Genio en funeral gemido
«muerte» gritó, y el eje conmovido,
de mortandad preñada
se abrió la tierra, y al ambiente puro
con fuerza destructora
muerte lanzó; y en el abismo oscuro
la ardiente lava hierve bullidora;

con alto estruendo horrísono estallando
estremecido el suelo,
hechos ardientes cascos
contra el sereno cielo,
montes rompiendo, despidió peñascos.
Chócase el monte con el monte alzado
y ambos a par deshechos
con sus altivas cimas
de pinos coronadas y de helechos
del agitado suelo desaparecen,
y al mortal, que el fragor tímido escucha,
inmenso llano en su lugar le ofrecen,
humilde resto de la ardiente lucha.

Aquí donde la fuente
dar al cansado viajador solía
hospitalaria su cristal luciente,
mortal infesta aparecida ría
de abrasadoras lavas ponzoñosas
las vegas, otro tiempo deliciosas,
que ya trocadas en erial desierto
de estériles arenas se han cubierto.

Los profundos veneros
donde el diamante nace esplendoroso,
y el oro puro y la luciente plata,
hechos inmensa hoguera
dejan ardidos su mansión primera,
con la preciada piedra refulgente,
que en líquidos arroyos se desata,
y al asombrado día
rompiendo el valladar que los tenía

se derraman en férvido torrente.
Ya tiemblan conmovidas las ciudades,
el huracán en su recinto zumba,
y al suelo hundida la falaz techumbre
sobre el tímido humano se derrumba.
El alta torre de apiñada piedra
que hasta la alzada nube,
de hierro armada, a desafiarla sube,
en el cimiento hondísimo dudosa
a la cabaña iguálase humildosa.
Y el ancho mar entonces,
en sus inmensos términos estrecho,
al horroroso impulso
líquidos montes de encrespadas ondas
saca del hondo lecho
de la agitada Tétis, y en la orilla
las deja y vuelve y con rabiosa espuma
ardiendo en ira suma
las provincias amaga,
y de la endeble resistencia airado
hombres y brutos y ciudades traga.
Así un tiempo también firme existía
la Atlántida famosa,
y la Libia en sus yermos arenales
a la fecunda América se unía;
mientras tu mole inmensa y espumosa
no dijo con palabras eternas,
«sepárense los juntos hemisferios,
y sea ya de hoy más al uno ignoto
el otro opuesto mundo.»

Y el continente anchísimo y remoto
sumiste, mar voraz, en el profundo.

Nueva Cartago Ibera,
teatro antiguo de sangrientas luchas,
que en tus vencidos muros
de Scipión tremolaste los pendones,
ya el suelo amaga tu cercana ruina.

¿Cuál te gritan, no escuchas
en derredor cien pueblos derribados?
«Nada en escombros, dicen, separados
te servirán tus fuertes torreones.»

Asombrado el guerrero
desde la inerme losa,
donde ha siglos reposa,
hoy mal segura, entre el desorden, fiero
de indignación alzando su semblante,
mira el destrozo y en su asiento antiguo
a Murcia sacudida vacilante.

Y tú de las Hespérides antiguas
verjel siempre florido,
coronado de eterna primavera,
feliz recuerdo del Edén perdido;
tú que en la rica falda
de preciada esmeralda
ostentas en las ramas orgullosas
las bellas pomos de oro deliciosas
¿será también que en el volcán hundida
así de nuestro suelo desaparezcas
como al nacer del mundo, ya perdida
de los primeros padres la inocencia

se hundió a sus ojos la mansión querida,
cuando el Tigris y Eufrates
en su seno sus ondas revolcaban
y el Fisón y el Gehón, ya luengos climas
por largo tiempo en la corriente undosa
de su vasta riqueza engalanaban?
Gime el anciano sobre el yerto anciano,
llora el amigo el insepulto amigo,
y el hijo pequeñuelo,
tendiendo al pasajero débil mano,
pídele amparo y paternal consuelo,
y el regazo materno, que enemigo
el volcán le robó; la casta esposa
del adorado dueño despartida,
en el dolor sumida
lenta fallece cual cortada rosa.
Como idumea palma que la cresta
hacia el Olimpo con orgullo enhiesta,
si el huracán furioso
corre implacable y hiere
el seno fresco, hermoso
a la truncada compañera, al punto
vase el verdor lozano marchitando
y mustia muere la cerviz doblando.
El gallardo mancebo que anhelante
al lecho intacto de escondidas flores
su pudorosa amante
virgen conduce en plácidos amores,
donde apurar espera los placeres
el abrasado pecho, encuentra solo

tumba fatal con despiadado dolo.

No ya orlado de rosas,
que en su lugar le ciñen

lúgubres ramos de ciprés funesto

las sienes amorosas

y la estancia anhelada

trocó en sepulcro con su amor y amada.

Congojosa en las ruinas tierna madre

el fruto de su amor entre sus brazos

oprime con exánimes abrazos,

y el hijuelo alimenta

del resto infirme de su escasa vida,

y de la sed fallece, y ya no alienta,

y grita, y por el ámbito sonante

retumba el eco de su voz no oída.

Muere y el tierno infante

en lágrimas inútiles deshecho

sobre el cadáver gime,

y del exhausto pecho

la muerte sólo ponzoñosa exprime.

Tímida virgen temblorosa y pura,

aquí dudando entre el feroz amago

al padre anciano que miedoso sigue

lejos conduce del fatal estrago

por incierto camino

a la merced vagando del destino.

Antígona piadosa el muro alzado

de alta Tebas huyendo,

así también un día

al padre mutilado

la horrorizada patria discurriendo
de la sangrienta mano conducía.
Así también Eneas, de las llamas
a la futura Roma libertando,
en la frigia ribera,
el padre encanecido
espaldado a las naves condujera.
Tierra, tierra fatal a tu habitante,
que en tu hondísimo seno
al malo injusta igualas con el bueno,
¿por qué cuando tirano
el fiero domador del ancho mundo
a dominar tus términos trajera
sus huestes vencedoras, y doloso
de afrentosa opresión y servidumbre
el grito horrible diera,
por qué entonces terrible de tus montes,
oh tierra, no moviste
la peñascosa cumbre,
y al agresor hundiste
bajo su derrocada pesadumbre?
Y cuando el Guadalete,
testigo a tanto mal, entre sus olas
con asombrados ojos
vio chocarse con árabes despojos
lanzas, cotas, adargas españolas,
para salvar la patria del oprobio
¿por qué tu ardiente saña
al vencedor no hundía,
y al muelle godo que en la triste España

el patrio hogar al árabe cedía?
Mas ¿cuál a mis oídos llega en tanto
dulcisono un acento?
Enjague el triste labrador su llanto,
que en la tormenta fiera
de alma beneficencia el eco suave
se esparció por el viento,
y al noble esfuerzo de virtud sublime
alzarse ve su habitación primera.
Cese, humanos, un punto
el triste sollozar de aquel que gime.
De el Turia caudaloso
a la nevada cumbre del Pirene,
y al contrapuesto astur sonó la fama
el eco del lamento congojoso.
En noble compasión hierven los pechos
y acorren con ardor vuestros hermanos
a levantar vuestros caídos techos.
Dame, Anfriso, tu lira entretejida
de rosas mil, que en célicas guirnaldas
gracias y amores plácidas orlaron,
cuando a tu voz del Betis aplaudida,
virtud sus cuerdas de oro resonaron,
alma beneficencia repitiendo,
cuando el saber bebiendo
en la florida margen del Uliso
cantara Apolo y escribiera Anfriso.
Tu blanda voz en torno resonaba:
«hombres, hermanos sois; vivid hermanos»
y no ya de dolor amargo lloro

el oprimido humano derramaba:
lágrimas dulces en ferviente coro
de amor y compasión sólo vertía
y a tus sonoros cantos aplaudía.
«Y soy felice, clama enternecido,
si ya enjugar el llanto
me es dado de mi hermano en el quebranto
y en soledad amarga descaído.»
La tímida hermosura generosa
si no inmensa riqueza,
al entusiasmo de virtud gloriosa
el fruto da de fraternal terneza,
y su canto le ofrece,
y cuanto más piadosa
muy más bella aparece,
y la blanda armonía
al infeliz aduerme que gemía.
El hombre al claro ejemplo
sus virtudes imita
y de la alzada gloria al alto templo
ya trasportado grita,
«mientras el hombre aliente
no su mísero hermano se lamente.»
¿Dónde el que dijo impío
«no hay ya virtud» se esconde?
Los ojos tienda a la inmortal España,
ruja el monstruo implacable,
y «aun hay virtud» a su pesar gritando,
a la voz del Eterno
con su funesto bando

tórnese a hundir en el profundo Averno.
Mas ¿qué? ¿de nuevo el destructor incendio
torna a prenderse? En balde humilde lloro,
y súplicas y ruegos y lamentos
exhala en sus tristísimos acentos
el humano infeliz; desapiadado
torna a mover el Genio
el muro quebrantado
y torna a derribar, y fuego y muerte
de las entrañas del volcán lanzando,
¡piedad! en balde resonara en torno,
que su poder infando
pueblos enteros en la tierra esconde;
¡piedad! escucha, y sangre,
y horror, y muerte y destrucción responde.
La confusión se aumenta y el ruido;
abrasadores rayos
entre el fragor de horrísono estallido,
y encendidas hogueras
el monte lanza, y truenas, y nunca acaba
de dar al viento la encendida lava;
vase del ancho cráter derramando
largos arroyos del hirviente fuego,
eterna destrucción infanda luego
en su calor mortífero llevando.
No ya tu santo fuego, sacra musa,
inspirado demando.
Genio inmortal de Plinio malogrado,
tú que a rasgar el velo misterioso
de la naturaleza fuiste osado,

ven, y el modo revela portentoso
cómo el orbe movido hasta el cimiento
vacila en su dudoso fundamento.

Ven, mártir de la gloria,
y tu arrojo publica denodado,
y tu claro renombre

eternal en los fastos de la Historia
a la posteridad laureado asombre.

¿Por qué braman los vientos encerrados?

¿El fondo se halla del abismo inmenso?

¿Qué encendida materia reproduce
el humo opaco y denso?

¿Quién la mecha conduce

y a los senos la acerca resguardados?

¿Cuál fue la mano que movió primera
la ingente masa, y sanguinaria y fiera

el cráter entreabrió, que al golpe insano
la muerte vomitó? ¿Por qué se extiende

del ocaso a la aurora

la mano asoladora?

¿Y quién el genio ha sido

que el orbe desquiciando

en el mal complacido

le fue de lloro y de terror llenando?

¿Qué voz empero del preñado vientre
del volcán abrasado

rauda se esparce por el ancho viento,

y cual trueno sonante

que lejos se oye en la región distante

sube a herir el alzado firmamento?

Y «ciegos, grita, conoced mortales
»la mano del Señor que en las alturas
 »del empinado monte
»hoy su trono asentó; de gloria lleno
 »desniveló en su saña el horizonte.
 »Esos horrendos males,
»a vuestra débil comprensión arcanos
 »males no son humanos.
»El que impulsa los orbes refulgentes
»en curso igual por el espacio inmenso,
 »y en él los equilibra, los ardientes
 »volcanes encendiera
 »y a trechos en el orbe los pusiera.»
Sí, inmenso Dios; tu brazo poderoso
en el trastorno universal se ostenta.
De santo amor tu inmenso poderío
y de temor sagrado tu alta ira
 llenan el pecho mío,
y el ignorado canto respetoso
suenan en tu honor la desusada lira.
 La mente sublimada
a los pasados siglos se traslada,
y tu poder conoce prodigioso.
 Tú que alteras el mundo,
 el mismo, Señor, fuiste
 que en el Gólgota alzado,
para borrar al hombre su pecado
 en rudo leño redentor moriste.
Y la tierra tembló, y el claro cielo
de oscuridad cubrió sus luces bellas;

rasgó el templo su velo;
los muertos sus sepulcros agitaron,
y de las yertas losas quebrantadas
pálida frente pavorida alzaron;
y retembló el abismo.

Tú fuiste entonces el mismo,
cuando a la faz del suelo y las estrellas,
hombre, débil morías,
y Dios, el universo estremecías.

Tú que en Siná de majestad velado
al hombre hablaste en la encendida zarza.

¿Quién a mi canto diera
que a tu sublime alteza remontado
el olvido venciera?

Como atrevida garza
que ufana hendiendo la encumbrada nube
a contemplar el sol ardiente y vivo,
en raudo vuelo por el éter sube;
tu grandeza cantara y alto nombre,
y el brazo poderoso,
cuando el crimen triunfando
tus iras provocaba contra el hombre,
y maldición eterna pronunciando,
de tu obra primera pesaroso,
mares, Señor, lloviste,
y al mundo en ellos vengador sumiste.

Al escogido pueblo en servidumbre
a tu clemencia plugo
romper airado el ominoso yugo
y a Israel libertar; de la alta cumbre

de la fatal pirámide ensalzada,
nuncio de llanto y mortandad maligna
sobre el Nilo extendió su mano armada
el ángel de tu Gloria,
y al débil concediste la victoria.
Los fuertes sucumbieron,
y del fértil Egipto
los hijos primogénitos cayeron.
Y tu las aguas con robusta mano
en apartados montes sostuviste
e Israel las cruzó; y entonces ufano
también quiso a pie enjuto
cruzarlas el impío.
Tu mano sustrajiste,
y las aguas sobre él se desplomaron,
y con su enorme peso lo abrumaron.
Tú paz al enemigo le enviaste
y despreciado ciego y maldecido,
y al ronco son del cántaro roto,
a la tierra en tu ira
de Jericó los muros igualaste.
Alzó la frente impura
de nuevo el crimen y el puñal sangriento
poniéndole en la mano
«hiere, al hombre gritó, hiere a tu hermano.»
Y al torpe Sodomita licencioso
lanzaste fuego ardiente,
y con la infiel Gomorra eternamente
a llamas a Sodoma redujiste
y en pavesas al aire la esparciste.

Piedad, Señor, piedad. ¿Será que acaso
los orbes fabricaras,
y en el espacio inmenso los volcaras
para destruirlos luego? Hasta el ocaso
desde el remoto oriente
tu infinito poder el hombre siente.
Y volver a la nada
puedes, Señor, el universo entero
con sólo imaginarlo si te agrada.
Tú cuando tronador el Mongibelo
hasta el alzado cielo
escupe de Sicilia los peñascos,
y el hervidor Vesubio arroja en torno
del encendido horno
masas informes en ardidos cascos,
y Trinacria y Parténope movidas,
entre espesa ceniza oscurecidas,
ven abierto el abismo,
con tu dedo tú mismo
al destructor volcán el fuego prendes
y sus fraguas hondísonas enciendes.
Y entonces tu poder la ingente masa
de la tierra abarcando,
oigo crujir el eje rechinando.
La alta torre sacude y la cimbrea
tu diestra omnipotente,
y la ciudad antigua titubea.
Así un tiempo ostentaron su belleza
de los pueblos vivientes ya borrados
Herculano y Pompeya, y su firmeza

cediendo a los furores
del inquieto volcán, sus moradores
tristes fueron con ellos sepultados.

Así también cayó del fiero luso
emprendedor y activo
la famosa ciudad, cuyo cimiento
el itacense navegante puso.

Y así ¡oh dolor! también acaso un día,
ciudades opulentas

cuyo orgullo a los siglos desafía;

Cádiz que el pie ostentosa
sobre la inquieta espalda zozobrosa
del mar inmenso de olas turbulentas,
como tu antecesora, firme asientas;

y tú, antigua Granada,

que sobre fuego movedor la frente

levantas a la célica morada;

tú que en la Alhambra al arrogante moro

entre púrpura y seda y perlas y oro,

viste ostentar la pompa del Oriente:

también caeréis acaso al golpe crudo,

y entonces al pasajero

en silencio de ruinas elocuente

moviendo a derramar copioso llanto

seréis objeto funeral de espanto.

No empero el triste punto fue llegado:

cesa, inquieto volcán, la ardiente guerra

que a la llorosa tierra

nuncio fatal de llanto y desconsuelo

del seno ardido entre fragor le envías,

que aun más felices días
tornarán a lucir al quieto suelo.
¿O será, Jehová, que por ventura
en tu funesta saña
sabio decretas en la mente pura
borrar del orbe la afligida España?
Piedad, Señor. ¿Acaso no bastaron
tantos siglos de pena todavía
de llanto y destrucción y de tormentas
que la espelunca impía
lanzó contra mi patria? ¿No apuraron
los iberos la copa envenenada,
que más borrasca a la borrasca aumentas?
En su sangre vertida
y en sangre de sus hijos empapada
¿lavar sus hondas culpas no pudieron
las abundosas fuentes
del amargo penar inagotables
que tantos siglos por su mal corrieron?
No más tu saña a su doliente ruego
sorda, en fragor continuo
brote la destrucción; en sus horrores
que la tierra aquietada cese luego;
rico y ópimo fruto
torne a dar de su seno fatigado,
y cese el llanto y desaparezca el luto.
El iris vuelva a rutilar gayado
de mil colores y a su brillo augusto
cuando el eco de paz al orbe suena
muera en su germen mismo

el roedor gusano de la pena.
A su lugar bajando
vuelvan los mares a su cauce a unirse,
y a la abrasada arena
furioso rebramando
torne funesto el huracán a hundirse.
Obediente al esfuerzo de tu brazo
al lloroso mortal naturaleza
leda sonría en maternal regazo;
y los caudales ríos ondulosos
que al lejos se lanzaron
y las fértiles vegas inundaron,
mansos conduzcan a remotos mares
su quieta espuma en nuestros quietos lares.
Y en tanto que el humano himnos entona
a ti, Señor, y tu poder ensalza,
y ya pasada la fatal tormenta
ledo sus techos derrüidos alza;
enjugando a los míseros el lloro,
sobre el yermo volcán tus altos hechos
pasando en la memoria,
pueda yo en lira de oro
sonar tu excelsa gloria,
y de blanda ternura
con entusiasmo noble embebecida
el alma en la virtud hermosa, y pura,
de inmensa admiración, y de suave
ardiente gratitud, en dulce canto
trueque feliz el congojoso llanto.

EPIGRAMAS

Llamas, Fabio, a tu papel
con petulancia sagrado,
por eso se alberga en él,
Fabio mío, tanto malo.
Si has de poner por justicia
a cuantos te llaman necio,
no nos pongas uno a uno,
pon, Fabio, al público entero.

SONETO

Al concierto dado por las bellas de Mantua en la platería de Martínez para socorro de los desgraciados del terremoto

Llegó en sordo lamento al Manzanares
El grito de los pueblos que cayeron,
Y piadosas sus bellas le ofrecieron
El fruto de sus célicos cantares.
Llevolo el eco hasta los hondos mares
Y su llanto los tristes suspendieron,
Y a sus acentos asombrados vieron
De nuevo alzarse sus antiguos lares.
Como en Grecia dulcísimo y sonoro
Hiriendo el aire el poderoso canto
Blando pulsaba Anfión la lira de oro;
Y en techos y columnas se ordenaban
Las piedras, atraídas del encanto,
Y la discorde Tebas levantaban.

ANACREÓNTICA

El beso

¿Por qué, si te hizo bella,
más pura que la aurora,
el ciego Dios de Gnido,
más que su madre hermosa,
Por qué de enojo y rabia
tu frente se colora
cuando al descuido un beso
mi labio al tuyo roba?
Si late henchido el pecho
del fuego que atesora,
si tus bullentes pomas
al juego me provocan,
¿Querrás que nunca necio
la timidez deponga,
y el corazón sofoque
la llama en que rebosa?
Si quieres que respete
tu boca encantadora,
deja, Célida, luego,
deja de ser hermosa,
¿No ves cómo atrevida
la hiedra vigorosa
al olmo se entrelaza
con osadía loca?
En vano de su triunfo

el noto la despoja,
en vano la rechaza
el ábrego que sopla.
¿No ves cómo animada
esfuerzos mil redobla
y sube sin respetos
hasta abrazar la copa?
El laso caminante
perdido que se embosca,
que con la sed ardiente
el crudo can agobia,
Si siente allí cercana
la fuente bullidora,
¿ves al raudal sonante
cual sin temor se arroja?
Por más que la corriente
oiga murmuradora,
el labio seco aplica
sobre las puras ondas.
¿O ya a la abeja nunca
cabe a la esbelta rosa
de su capullo abierto
ves respetar las hojas?
No más tu rostro airada
con gravedad compongas,
por más que en tus mejillas
mi ardiente labio ponga.
Ni deja más señales,
cruel, mi ardiente boca,
cuando atrevidos labios

a tus carmines tocan,
Que por el éter puro
el ave voladora,
o el plomo despedido
que por su mal le corta,
Que deja impresa huella
en las fugaces olas,
frágil barquilla osada
que por los mares boga,
Ni es fácil que Lisardo,
que tus caricias goza,
de extraño labio aleve
la huella reconozca.
Que el beso fugitivo
en la ocasión dichosa,
tan luego cual se imprime,
tan luego ya se borra.
Mas si el rigor insano
de tu venganza loca,
ni ya mis besos quiere,
ni el dártelos perdona,
Devuélveme, Celida,
el que te di yo ahora,
y en paz quedemos luego
y a tu amistad me torna.

ROMANCE

Al Excmo. Señor duque de Frías pidiéndole sea padrino de su boda

Deja la templada lira
por más que sus ecos dulces
el sagrado coro Aonio
con célico asombro escuche;
Tú en quien la Fortuna amiga
con admiración reúne
los laureles de Helicon
de la cuna al claro lustre;
Deja que mi tosca musa
el fúnebre llanto enjague,
que cabe el perdido amigo
por tus mejillas discurre;
Que si ya la yerta losa
sus tristes despojos cubre,
basta que sobre ellos tierno
una lágrima tributes.
Ya la antorcha de Himeneo
que amor a encender acude
al blando pecho de Silvia
alegre, a mis ojos luce.
Ya las rosas pasajeras
del tálamo se descubren,
que la espina punzadora
entre las hojas encubren;
Que ¡ay triste! el ardor del pecho
y el volcán que le consume,
marchitando su frescura
ni las dejara que duren.
Así a mirar el capullo
rasga el sol la espesa nube,

y hasta el cáliz por gozarle
sus vivos rayos conduce.
Ni ve que su mismo fuego
presto su beldad destruye,
y que donde el goce empieza
el placer allí sucumbe.
Ya me brinda de Himeneo
sonriendo alegre el numen
del placer la ardiente copa
para que ansioso la apure.
Ya el amor que hacer eterno
jura el lazo que nos junte
la joven palma de Silvia
a su templo restituye.
Y ya sobre el ara antigua
quiere el cielo que nos une,
que amante y esposo a un tiempo
constancia eterna la jure.
Mas no la vid amorosa
al cielo enlazada sube
sin que del olmo robusto
la alta firmeza la ayude.
Ni jamás el nido pone
con la compañera dulce
el amante pajarillo
sin que antes el bosque cruce.
Y de la pomposa encina
la sombra amiga procure,
y amparado se cobije
bajo la hojosa techumbre.

No es mucho que antes que el cielo
nuestros destinos anude,
porque a mi enlace presidas,
a tu amistad me refugie.
Tú me deja cuando Silvia
ruborosa el sí pronuncie
y haga mis dichas eternas
en el lazo indisoluble,
Que oiga a tu sombra seguro
cuanto la Fama divulgue
y de sus ruidosos ecos
contigo a la par me burle.
¿Qué a mí sus débiles voces,
por más que a mi oreja zumben,
como a tu amparo me acoja
y Padrino te salude?
Que así dos tiernas palomas
que ven bajar de la cumbre
turbas de gárrulas aves
que devorarlas presumen;
Si en sus pechos inflamada
del amor la ardiente lumbre,
su blando y sabroso yugo
de Cipria al carro las unce,
Al hueco tronco seguras
de sus robadores huyen,
el vano rumor escuchan
que no miedo las infunde.
A la margen del arroyo
que entre guijuelas discurre

así el céfiro gozoso
besa las flores voluble,
Y como, abierta la rosa,
su suave aliento disfrute,
deja en impotente esfuerzo
al arroyo que murmure.
Cuando ya pródigo el cielo
nuestros votos asegure,
a ti, infanzón, su fe pura
el garantizarle cumple.

Y aquel ¡ay! que antes liviano
sus juramentos excuse,
las tormentas de Himeneo
sobre su cabeza anuble.
Así si yo en la borrasca
miro matizar las nubes
un iris en ti gayado
que la tempestad conjure.
Vuelva al tálamo Himeneo
no bien mis bodas alumbre
la hermosa que de tu lado
larga distancia desune;
Y un infanzón generoso
a par de la bella núbil
conceda a tu amor paterno
que herede tu nombre ilustre:
Que cuando algún extranjero
al león de España insulte,
así a vengar sus baldones
el invicto acero empuñe,

Como en la paz duradera
cuando las ciencias escude,
de sus mayores ostente
fiel las ínclitas virtudes.
Ni para ti la Fortuna
su curso próspero mude,
ni jamás el infortunio
con sus cadenas te abrume;
Y ni el artesón dorado
el sacro coro rehúse
cuando con divinos sonos
la lira inspirada pulses;
Si en la deseada aurora
con tierno afán, noble Duque,
al placer de ser esposos
el de ser tus hijos unes.

AL EXMO. SR. D. MANUEL VARELA

1.º DE ENERO DE 1830

Implore tu ardiente lumbre
el Genio, Musa, en buen hora,
que al son del bronce tronante
alza el grito de victoria.
El que es a cantar osado
entre los rayos de Arcola,
de Austerlitz entre los truenos
al vencedor de la Europa.
Y en dulce emoción ardiendo

de gratitud la alma ansiosa,
mi blanda lira en suaves
acentos el viento rompa.
Si falta el estro radiante
que al Genio sublime endiosa,
para enardecer mi pecho
fuego a la virtud le sobra.
O tú, Varela, que enjugas
del triste la faz llorosa,
tú que el raudal atajaste
a la pública congoja,
Acepta en humildes tonos
mi dulce ofrenda obsequiosa,
que mi corazón sincero
de agradecido blasona.
Si canté bajo tu amparo
la alta ruina asoladora,
y sobre el triste colono
la torre que se desploma:
Sobre el montón de ruinas
para el bien más poderosa
tu mano que la del genio
maléfico asoladora,
Del alto templo que airado
el ronco huracán destroza
lanzas de nuevo a las nubes
la cúpula esplendorosa.
Y cuando la erguida cresta
de nuevo enhiesta orgullosa,
tu alto nombre murmurando

al Olimpo se alza y toca.
Blandas márgenes del Miño
que visteis brillar la aurora,
que a las ninfas de Hipocrene
será de eternal memoria,
Las que en su cuna ceñisteis
las guirnaldas olorosas
del nuevo blasón de España
a la frente brilladora;
La verdad, las simples gracias
de vuestras gayas pastoras,
sus dulcísimos acentos
prestad a mi voz sonora.
Suele así brillar más pura
en verjel fragante rosa
cuando de aurora apacible
sus suaves matices toma.
Que cuando el can ardoroso
con vivos rayos la dora
también con mentido halago
la marchita y la deshoja.
Sin ti, Varela, las musas
de la Hesperia congojosas
vieran hollar la ignorancia
los laureles de Rioja,
Y fugitivas de un suelo
que la ignorancia baldona
juguete al rencor contrario
aun gimieran silenciosas.
Mas ¿qué sirve -el rubio Apolo

gritó entonces- que recojan
con osada frente lauros
tantas liras españolas,
Si su canto no escuchado
en el silencio se ahoga
cual suele del bronce herido
morir vibración sonora?
Que nunca Marón pudiera
cantar la empresa piadosa
si para templar su lira
no le diera Augustos Roma.
Y sin Mecenas Horacio
para el ardor de la oda,
¿cómo a Píndaro robara
la inspiración creadora?
Que mal del sol sin los rayos
en los doseles de Flora
el matizado capullo
sabe desplegar su pompa.
Otro Mecenas ostente
nueva Mantua vencedora,
digno de sus blandos cisnes,
digno de la antigua Ausonia.
Y la lira que sublime
habló en Guzmán vigorosa
con nuevas glorias mayores
las glorias pasadas borra.
¿Será, Musas, que en mi pecho
vuestro ardiente fuego corra
y que a los futuros siglos

llegue mi voz victoriosa?
Cuando el amparo me disteis
que guardáis para vosotras,
¿fue para dejar oscura
mi lira vilmente rota?
No, que si al Prelado ilustre
mi acento eleváis ahora
que supo al excelso trono
alzar la voz generosa
Para entregar a la Fama
en las hojas de la Historia
las ambicionadas palmas
que Inarco en el Pindo logra,
Y hollando del fanatismo
la cabeza tenebrosa,
con señales indelebles
grabar su eterna derrota,
También cuando ardí por Silvia
en dulce hoguera amorosa,
un infanzón, de Himeneo
ardió para mi la antorcha,
Que hijo digno de las Musas
honró la desierta losa,
orilla al Herault, del padre
de la alma lira española
Y por él rindió la España
justo homenaje a su gloria;
por él asombró a las gentes
que sus cenizas le roban.
Recibid, genios sublimes,

las eternas coronas,
que a vuestras frentes destinan
sus agradecidas sombras.

Cuando en los futuros siglos
Meléndez, Inarco se oigan,
con ellos, Varela, Frías,
partiréis también sus glorias.

Y será, sabio Prelado,
que siempre ya mi voz ronca
con tristes sollozos tierna
fatigue las duras rocas.

Si a tantos hacen felices
por tu mano bienhechora
tantos soles, para un triste
¿nunca lucirá una aurora?

Sé puerto amigable mío
cuando la mar borrascosa
amaga ya mi barquilla
débil tragar en las hondas.

Si, a las dulces resonancias
tú de mi lira humildosa
acogida blanda diste
a mi combatida prora;

Como el faro luminoso
que en la distancia remota
astro de vida aparece

al que en las tinieblas boga
No más con furor sañudo
cebe la desgracia loca
en mi pecho palpitante

su garra devoradora.
¿Qué? Cuando a mi patria entera
un astro su luz hermosa
por sus términos distantes
difunde consoladora;
Cuando al asomar Cristina
huyen las espesas sombras
de la noche, y a la España
días de ventura tornan;
¿Será que anegada en llanto
que los tristes ojos brotan
mi alma en el público gozo
gima triste y gima sola?
No, Varela, que tu pecho
el santo fuego atesora,
para bien del desgraciado,
de la virtud bienhechora.
Cuando la fama propicia
lleve desde el Tajo al Volga,
las preces que por ti al cielo
envíe el alma gozosa;
Con letras de vivo fuego
en mi pecho, a tu memoria,
grabará tu nombre ilustre
la gratitud ardorosa.

A UNA HERMOSA QUE DIO EN HACER BUENOS VERSOS

¿No te bastan los rayos de tus ojos,

de tu mejilla la purpúrea rosa,
la planta breve, la cintura airosa,
ni el suave encanto de tus labios rojos?
¿Ni el seno que a Ciprina diera enojos,
ni esa tu esquiva condición de esposa,
que también nuestras armas, Nise hermosa,
coges para rendir nuevos despojos?
¿A celebrar de tantos amadores
ingrata el fin *** te previenes
que a manos morirán de tus rigores?
Ya que en tus redes nuestras almas tienes,
la lira déjanos, ya que no amores,
para cantar al menos tus desdenes.

OCTAVA

**Con motivo de hallarse en cinta nuestra muy amada Reina doña María
Cristina de Borbón**

Bastante tiempo, oh Rey, la refulgente
Antorcha de Himeneo ardiste en vano,
Y un sucesor al Trono inútilmente
Esperó de tres Reinas el Hispano.
Sí: salud a Cristina que esplendente
Vino a partir tu solio soberano;
Que ella es, Fernando, la que al Trono Ibero
Dos veces le asegura un heredero.

AL DÍA 1.º DE MAYO

¿Tornas, infausto día,
trayéndole a mi mente
fortunas olvidadas
de tiempos más alegres?
¿Acaso deslumbrarme
ora también pretendes
con esperanzas locas
perdidas tantas veces?
Hoy fue que de ilusiones
un tiempo yo juguete
pensé que ya tocaba
mil anhelados bienes.
Mas tú corriste luego,
y aquella ingrata aleve,
cruda, en tan largas penas
trocó dichas tan breves.
¿Acaso a recordarme,
risueño, me amaneces,
que en pos de nuevas burlas
luego a sus plantas vuela?
Ora tal vez brillando
cual rosa entre claveles
a mil adoradores
la faz graciosa vuelve.
Dila que entre esa turba,
que hoy a sus pies advierte,
quien como yo la adore
no es fácil que lo encuentre;
que si otros más la dicen
ninguno tanto siente

como éste que callando
ni verla ya pretende;
como el que por tributo,
único reverente,
a sus divinas plantas
sus lágrimas le ofrece.

No pases sin decirle
esto a mi bien, no piense
que el más rendido amante
nunca olvidarla puede,
por más que en honra mía
el circo aquí resuene.

¿Qué a mí, que aplaudan todos
como ella me desprecie?

¿Qué valen pata un pecho,
que eterno amor somete,
qué valen, conseguidos,
los lauros florecientes?

Al que le abrasa el fuego
que el ciego dios enciende,

los lauros envidiados
son galardón estéril,
si su gentil belleza
el mísero no tiene

a quien ornar con ellos
la majestuosa frente.

Yo, más que no el ruido
de palmas mil batientes,
preciara el de sus besos,
emblemas del deleite.

¿Y esa mentida gloria,
cuál rico don me ofrece,
si a enardecer no basta
un corazón de nieve?
Cuando mi humilde numen
honra el estruendo alegre,
yo solo de mi hermosa,
yo lloro los desdenes.
¡Oh! callen los aplausos
mientras su amor me niegue,
que amante despreciado
de ella, no los merece.
Dila que ya estos lauros
arranque de mis sienes;
yo todos se los trueco
por solo un beso ardiente;
que me corone un día
de amor y de placeres;
y coja quien los quiera
los fútiles laureles.

FIN DE LA OBRA

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es

